

ORTEGA COMO INTELLECTUAL: EL MISMO Y EL OTRO

José Lasaga Medina

¿Por qué razón todos aquellos que han sido hombres de excepción, bien en lo que respecta a la filosofía, o bien a la ciencia del Estado, la poesía o las artes, resultan ser claramente melancólicos, y algunos hasta el punto de hallarse atrapados por las enfermedades provocadas por la bilis negra...?

ARISTÓTELES

Resumen

“Llega a ser el que eres”, lema de Píndaro, es la nota final que unifica filosofía y biografía en Ortega porque actúa como vínculo, a la vez ético y vital, entre el yo y el mundo. Dicho vínculo se llama técnicamente “vocación”, y en la filosofía tardía de Ortega es la única fuente de sentido de la propia vida. La vocación decisiva de Ortega fue la intelectual o filosófica, en el sentido socrático-platónico, no la del “intelectual” como figura que interviene en asuntos públicos, aunque asumiera ese papel con notable intensidad hasta 1932 o 1933. Desde que la Guerra Civil española estalla decidió no manifestarse sobre temas políticos. Uno de los textos que más a fondo reflexiona sobre la condición del intelectual en el doble sentido indicado fue “El intelectual y el otro” (1940), que dialoga dramáticamente con la circunstancia argentina en la que y para la que fue escrito, pero que tuvo repercusiones en el mundo del exilio republicano en la América hispana, especialmente en México.

PALABRAS CLAVE: Ortega y Gasset; Alfonso Reyes; Guillermo de Torre; José Gaos; intelectuales

Abstract

“Become who you are”, Pindar’s motto is the definite thought that unifies philosophy and biography in Ortega, because it acts as an ethical and vital link between the I and the world. This link is technically called “vocation” and in the late philosophy of Ortega is the only source

of meaning for life. The definite vocation of Ortega was the intellectual or philosophical one, in the Socratic and Platonic sense, and not that of the "intellectual" as a figure that participates in public affairs, even though he also assumed that role until the year 1932 or 1933.

KEYWORDS: Ortega y Gasset; Alfonso Reyes, Guillermo de Torre; José Gao; intellectual

1. Un mono-diálogo con la circunstancia argentina

En diciembre de 1940 los lectores porteños de *La Nación*, a punto de abandonar la ciudad para pasar el verano, se encontraron camino al sur con un destemplado artículo de un colaborador español, asiduo a las páginas del diario desde que en 1923 enviara un inesperado escrito sobre un novelista francés casi desconocido, Marcel Proust.¹ Desde entonces fue un fiel colaborador del diario porteño y una enorme porción de su obra apareció en sus páginas.² En 1937, al año de que estallara la Guerra Civil en su patria, dejó de escribir por causas que la mayoría de los lectores con seguridad ignoraban. Sin embargo, reapareció ese mismo año, en junio con una serie de cuatro artículos dedicados a comentar ideas meta-políticas. La serie se tituló *Del Imperio Romano* y poco después se publicó como libro.³

El artículo en cuestión se titulaba "El intelectual y el otro" y es el último que Ortega publicó en *La Nación*, el segundo diario más importante en su actividad periodística, después de *El Sol*, que fundó con el empresario Nicolás M. Ungoiti en el Madrid de 1917. El contenido responde a lo que anuncia su título: una reflexión sobre esa figura ambigua que, desde su inicio, acompañó al siglo XX y que

¹ "Tiempo, distancia y forma en el arte de Proust" (*El Espectador VII*, 2004, o.c. II, 790ss). Apareció originalmente en francés en el monográfico que le dedicó la *Nouvelle Revue Française* al novelista en enero de 1923. Se publicó en castellano en *La Nación* del 14 de enero de 1923.

² Véase el exhaustivo análisis de la colaboración de Ortega con *La Nación* en *Ortega y Gasset en La Nación* de Marta Campomar (2003, *passim*).

³ La primera edición *Del Imperio Romano* aparece junto con *Historia como sistema* publicada en Madrid en 1941 bajo el sello familiar de Revista de Occidente.

conoce su declive con la caída del mismo; aunque, como veremos, Ortega predice su salida del primer plano de la atención social para los años treinta. Me ocupo del artículo no sólo por la reflexión sobre la suerte del intelectual y su desencuentro con el “otro” —a quien por el momento dejamos envuelto en su pura indeterminación pronominal— sino porque contiene algunas claves, en sentido amplio, biográficas, de su situación —y de su posición— en el contexto del exilio republicano. Concretamente, el artículo es un diálogo con algunos intelectuales porteños: los ubicados a la derecha del espectro ideológico, como veremos, y los progresistas de la revista *Sur*. A mi entender, el texto delata la situación de aislamiento y hostilidad que Ortega sufría en Buenos Aires, donde esperaba recomponer su maltrecha existencia de exiliado europeo: llegó a puerto cuando las bocinas de los barcos anunciaban el estallido de la guerra.

Muchos años después, Gaos hizo una lectura bastante perspicaz del artículo, entre otras cosas porque conoció de primera mano⁴ la circunstancia argentina para Ortega y el giro que dio al poco de su llegada, manifiesto en distancia o indiferencia respecto a colegas y conocidos, cuando no, en franca hostilidad. En “Los dos Ortegas”, probablemente el ensayo más completo de la serie que Gaos dedicó a la figura del maestro y amigo a raíz de su muerte en octubre de 1955, escribe: “Argentina pasó de ser la inspiratriz de las ufanas ‘Palabras a los suscriptores’⁵ del segundo *Espectador*, a ser [...] la circunstancia

⁴ “Me han llegado las más contrarias nuevas de su estancia ahí: decadencia física e intelectual absoluta, conferencias de bajísimo nivel, fracaso total, encierro dentro de un mínimo círculo de relaciones aristocráticas y reaccionarias...” Gaos anima a su interlocutor, el filósofo argentino Francisco Romero, amigo también de Ortega, a que le cuente algo cuando le responda. No hemos encontrado en las cartas de Romero a Gaos que hemos podido consultar ninguna información sobre Ortega (Gaos, 1999, XIX, p. 174-175). Para las cartas de Romero a Gaos (Torchia, 1992, pp. 183-188).

⁵ Gaos se refiere al entusiasmo con que reaccionó Ortega a las experiencias y atenciones que recibió en aquel primer viaje, lo que lo llevó a escribir en la nota preliminar que antepuso al segundo volumen del *El Espectador* (1917): “*El Espectador* será en lo sucesivo tan argentino como español (...) y tal vez será mejor entendido —mejor sentido— en la Argentina que en España” (2004, II, p. 266). Y terminaba: “Dentro del reducido círculo de atención a que mi obra aspira, puedo afirmar que buena parte de mis lectores preferidos están en Buenos Aires” (II, p. 267).

en que se escribe ‘El intelectual y el otro’” (Gaos, 2013, 150). Y añade a continuación su propia valoración del mencionado artículo. Argentina había dejado de ser para Ortega promesa para ser problema; el yo encarnado en *El Espectador*, dispuesto a hacer siempre pedagogía sobre el paisaje y practicar su “salvación”, no tenía quien lo escuchara:

Este espectador crítico es, en un sentido, menos espectador puro que el anterior espectador pedagogo; pero, en otro, más. Menos espectador puro es el crítico en el sentido de que procede contra el espectáculo. Más espectador puro es el crítico en el sentido del impotente contra el espectáculo, y aún con éste... La aver-sión y la impotencia juntas llegan a promover la indignación más resentida y airada. ‘El intelectual y el otro’ es como un grito de anatema arrojado contra aquello que más contraría, a su vez, al intelectual, que en el fondo se siente impotente contra ello (2012, p. 153).

Para Gaos resultaba evidente que ese cambio de actitud se debía a las consecuencias de la guerra recién terminada y a las posturas encontradas que vencedores y vencidos mantuvieron. La decisión, que venía de lejos, de Ortega por no tomar partido por ninguno de los dos bandos fue interpretada como traición por ambos y ello tuvo que influir en el progresivo aislamiento que Gaos compartió a su colega Romero. Aunque pasa por alto un segundo dato a tener en cuenta: instalado en Buenos Aires, Ortega necesitó ganarse la vida. La idea de que se le ofreciera una cátedra en la universidad quedó pronto descartada. Dependier de los cursos, bien pagados, de instituciones privadas como la Asociación de Amigos del Arte, era inviable a medio plazo. Fue una solución provisional. Ortega concibió entonces el proyecto de crear una editorial y, asociada a ella, una cierta actividad docente. El plan fracasó por problemas de financiamiento y por una serie de dificultades con los derechos de autor del propio Ortega que en un principio intentó retener Calpe. Sobre ello, volveremos más adelante.

Otra complicación en la vida material de Ortega en Argentina venía de la ruptura con *La Nación* en 1937 a raíz de un artículo publicado contra su persona. Según Marta Campomar en su estudio ya citado *Ortega y Gasset en La Nación*, la razón por la que tomó esta

drástica decisión fue por la aparición de un artículo de un periodista, Alfonso Laferrère, titulado “La idolatría del intelectual”.⁶

⁶ *La Nación* 11 de julio de 1937. No he podido consultar el artículo, pero por las referencias de Campomar, el tema del mismo era el de la mala influencia de los intelectuales en política y la responsabilidad que adquirieron al contribuir al hundimiento de la monarquía en España. De orientación católica, Laferrère probablemente se hacía eco en Buenos Aires de una campaña orquestada desde el lado franquista en el que se acusaba a los intelectuales que trajeron la república de provocar la guerra civil. Pemán dictó una conferencia en Acción Española con el título “La traición de los intelectuales” que en su momento fue replicada por Ortega con un suelto en el diario *Luz* (19 de abril de 1932) titulado “Este señor Pemán” (cf., OC, 2004, v, p. 10). La idea central de esta conferencia halló terreno abonado en una revista falangista que se editaba en Argentina, *Orientación española*. César Pico escribía en la mencionada revista, contra la tesis de Ortega de que la república llegó a España “de modo pacífico”, que fueron precisamente los intelectuales quienes ocasionaron el caos en España al causar la caída de la monarquía”. Éstas fueron las ideas que replicó Laferrère en su artículo de *La Nación* en 1937. Y da idea de la relevancia que tenía el tópico, que venía de muy atrás, pues, al mismo tiempo, un catedrático de medicina de la Universidad Central de Madrid, Enrique Suñer, con responsabilidades en el recién creado gobierno del general Franco publicó, un libelo bajo el título *Los intelectuales y la tragedia española* (San Sebastián, 1937) del que Ortega tuvo noticia. Esto se deduce de una carta a Marañón desde Lisboa (13 de marzo de 1939) en la que le comenta: “Al llegar aquí me dieron la noticia de que había sido nombrado nada menos que presidente del Tribunal de Responsabilidades a [Enrique] Suñer. No le oculto que si esta noticia se confirma la consideraría como la más penosa que en el último año y medio he recibido de España” (López Vega, 2008, p. 203).

La reacción de Ortega al artículo de Laferrère fue fulminante. Envía su renuncia en septiembre de 1937 a Ortiz Echagüe, el corresponsal del diario en París y su conexión oficial con el mismo. Pero no da ninguna explicación. Poco tiempo después y a requerimiento de Eduardo Mallea, entonces director del suplemento literario, y cercano al grupo *Sur*, amigo de Ortega desde el segundo viaje, le pide explicaciones y Ortega contesta con una carta que cita ampliamente Campomar y en la que identifica la aparición del artículo “no porque en él hubiese ataques para mí —hace 30 años que los sufro y comprender la que estoy encallecido— sino por el género y la ocasión del ataque” (2003, p. 348). Ortega calificaba el artículo de “anormal” en su contenido crítico; pero al mismo tiempo es consciente de que la libertad de expresión que él se había tomado siempre muy en serio, admite pocas

Más allá de especular sobre el motivo y la ocasión de la ofensa, no cabe sino concluir que el tema del “intelectual en política” era uno de los puntos teóricos y biográficos que más preocupación despertaban en Ortega. Es razonable, por tanto, la interpretación que Campomar hace del motivo de fondo que habría provocado la aparición en *La Nación* de artículo que nos ocupa, “El intelectual y el otro”, como una respuesta “a Alfonso Laferrère sobre la idolatría de los intelectuales [...] contestación a todos los que directa o indirectamente le habrían ofrecido desde *La Nación* y en publicaciones argentinas el homenaje del insulto por ser un intelectual español movilizador de conciencias aburguesadas” (2003, p. 389). Es más relevante lo segundo, es decir, que, como Gaos observará más tarde, el artículo tenía en su tono exasperado, sarcástico, despectivo y provocador, la apariencia de un ajuste de cuentas de quien se despide sin intención alguna de regresar. Así fue. Ortega no volvió a escribir en *La Nación*.

A su llegada a Buenos Aires pareció que Ortega encontró lo que buscaba, o se conformó con lo que se le ofrecía. Así se deduce de unas palabras dirigidas a Victoria Ocampo: “Vivo en mi rincón. No veo a nadie. En la mayor etapa de producción y lucidez que he pasado en mi vida. Si no fuera porque mis chicos están lejos y porque en Buenos Aires no hay libros —diría que soy feliz—” (Ocampo, 1965, p. 16). Pero las cosas se torcieron poco después. Probablemente, la novedad que desencadena el hundimiento físico y moral de Ortega al año siguiente no estuvo tan relacionado con el mal ambiente entre los exiliados y los círculos intelectuales y universitarios, que lo rechazaron, como su falta de ingresos al fracasar las negociaciones con Espasa Calpe.⁷

excepciones. Se trataba de un conflicto sin solución que le obligaba a dejar el periódico, a pesar del prejuicio objetivo que le suponía perder una de las pocas fuentes de ingresos que le quedaban, “[...] como usted no volvería a una casa donde en circunstancias nada nobles y generosas le han insultado a usted” (2003, p. 349).

⁷ Su hijo José relata el episodio: Ortega autoriza a Espasa la edición de sus libros y de los fondos de Revista de Occidente hasta 1936 y se compromete a dirigir con obra propia una colección que se llamaría “Conocimiento del hombre”, “donde irían títulos de primer orden y que harían recuperar a Espasa su rango editorial. A cambio, él tendría un sueldo de asesor de unos 1 000 pesos mensuales, que le permitiría vivir pudiendo dedicarse con

Pasó el año siguiente, 1941, sumido en una honda melancolía, de la que tenemos noticia por una carta a Victoria Ocampo.

Puedo decirte que desde febrero mi existencia no se parece *absolutamente nada* a lo que ha sido hasta entonces y que *sin posible comparación* atravieso la etapa más dura de mi vida. Muchas veces en estos meses he temido morir en el sentido más literal y físico, pero en una muerte de angustia. Hoy están en el mundo muriendo del mismo modo muchos hombres de mi condición (Ocampo, 1965, p. 18).

Y un poco más abajo, como queriendo subrayar la extrema dificultad de trasladar al prójimo, aunque como en este caso fuera muy próximo, un dolor moral literalmente *inefable* añade: "... haz el favor de imaginar un momento que en vez de una te fallasen a la vez todas las dimensiones de la vida y con ello tendrías una idea de lo que a mí me pasa" (*Ibid.*)

plenitud a su obra filosófica sin tener que depender de colaboraciones en la prensa..." (2002, 390). Pero el consejo de administración rechaza el nombramiento de Ortega y —aquí está la traición, indica Ortega Spottorno—, Olarra "que lo sabe todo en enero de 1941 no se lo dice hasta dos meses después". La valoración del episodio confirma la razón que determinó el mencionado hundimiento: "Fue el mayor disgusto en la vida de mi padre: todos sus proyectos se venían abajo". Y es que Olarra se negó a devolver los derechos de sus obras, lo que en aquel momento constituía el único ingreso asegurado que disponía la maltrecha economía de Ortega, aunque finalmente los recuperó no sin presionar mediante cartas a sus viejos amigos de la editorial como Serapio Huici. En su ensayo "Ortega y Espasa Calpe argentina", Marta Campomar confirma y documenta las observaciones de Ortega Spottorno: "Denegada la asesoría y fracasado el proyecto docente, era consciente de que la única fuente de financiamiento que le quedaba venía de sus libros. Se iniciaban, a fines del 41, nuevos conflictos con Calpe de Argentina sobre los derechos jurídicos de sus obras y sobre las expectativas económicas de nuevas ediciones" (Campomar, 1999, p. 110). Campomar no duda en culpar a la casa madre, y a las posiciones ideológicas conservadoras y antiliberales de los nuevos responsables del rechazo a los planes de Ortega, "donde el más mínimo atisbo de liberalismo secularizador era extinguido y reprobado", por lo que no estaban dispuestos a apoyar "una gestión cultural que le permitiera retomar a Ortega el liderazgo intelectual en América Latina" (1999, p. 111).

Sin medios materiales,⁸ aislado social e intelectualmente, con la familia en España, la entrada de Estados Unidos en la guerra precipitó la decisión de regresar a Europa. Si el Atlántico se convertía en un escenario bélico, podía quedar aislado en América. De ahí la decisión de instalarse en Portugal. Abandonó el Plata el 9 de febrero de 1942. Nada en la vida de Ortega dejaba de tener, al menos en aquellas fechas, una dimensión “política”, sin importar que hubiera tomado la decisión de retirarse de la vida pública.

2. Una carta abierta para Alfonso Reyes

Guillermo de Torre, un crítico literario español residente en Buenos Aires desde 1928 y cercano al círculo de *Sur*, casado con Norah Borges, hermana de Jorge Luis Borges, con el que Ortega compararía numerosas amistades, dirigió a Alfonso Reyes —íntimo amigo de Ortega desde que el mexicano llegara a Madrid hacia 1914 y embajador de México en Argentina en el periodo en que Ortega la visitara por segunda vez (1928)—, una carta abierta en la que hacía una interpretación “política” de la decisión de Ortega de abandonar Buenos Aires, ciudad que le cerró todas las puertas, según he documentado antes, pequeño detalle que será ignorado ante la “evidencia”

⁸ Es menester insistir en este aspecto de la vida de Ortega en su estancia argentina y en su decisión de regresar a Europa porque, como veremos a continuación, fue objeto de una interpretación que todavía hoy es la que domina en la amplia bibliografía sobre las estancias argentinas de Ortega y sus relaciones con el exilio. Campomar rescata de la correspondencia de Ortega el dato de que a la vista de la negativa de Calpe de financiar su proyecto, bloqueó intencionalmente la concesión de un préstamo por parte del Banco de la Nación argentina y las gestiones para dar en Lima unos cursos y conferencias. Y refiere que en una carta a su discípulo Luzuriaga (20 de septiembre de 1941) Ortega le transmite la misma impresión de hundimiento que conocemos por la carta a Ocampo: de repente, “toda su vida se ha desarreglado”; en Buenos Aires “no había encontrado ‘ni por azar, eso que se llama facilidad en nada’” (Citado por Campomar, 1999, p. 115). El resultado de todas estas desgracias materiales y morales fue que Ortega tomó la decisión de abandonar Buenos Aires, para lo que, última humillación, tuvo que pedir un adelanto de 10 000 pesos a Olarra para costear el viaje de regreso firmando una garantía que sería onerosa para sus intereses.

de que Ortega se iba a la Europa fascista a “posicionarse” frente o contra la América libre.

Torre habla del “caso” Ortega: “Le sospecho a estas alturas enterado —escribe a Reyes— del caso en sí: el embarque de Ortega y Gasset, hará un par de meses, hacia Lisboa como primera escala, pero con meta prevista, y pseudoconfesada (*sic*) en Berlín o Madrid”⁹ (2000, p. 141). Éste es el tono general de la carta. A esta primera especulación, perfectamente “falsada” por los hechos¹⁰, sigue otra que a mi juicio raya en la malevolencia. Citando como fuente a “personas que le escucharon durante los últimos días” atribuye a Ortega lo siguiente: “Se avecina una guerra entre Europa y América. Yo voy a tomar posición en Europa” (2000, p. 143). Ésta es la sustancia del escrito. El resto son juicios, denuestos, rechazos que repite Torre como si se tratara de consignas previstas, dictadas: las escasas palabras que pronunció Ortega contra la república —en rigor contra los comunistas que se apoderaron de la dirección del gobierno republicano—, contra el frente popular, contra Einstein, tratado de ignorante sobre lo que realmente pasaba en España. Y la revisión de su filosofía, ¡ay!, tan antidemocrática y elitista, tan crítica de las masas, etcétera: “Pero si usted relee [...] páginas antiguas y recientes de Ortega, comprobará que éste nunca hizo mayor misterio de sus sentimientos antidemocráticos, de su ‘debilidad’ por la fuerza, de su larvado cesarismo. Esto sin recordar su ominoso silencio durante la guerra de España; sin recordar asimismo aquel significativo acceso de indignación que le acometió ante el hecho de que Einstein hubiera hecho declaraciones a favor de los republicanos españoles (según se lee en ‘Epílogo para ingleses’...)” (*Ibid.*)

Cuesta trabajo leer hoy la interpretación que Torre sostiene compartió Reyes, misma que muchos exiliados que leyeron la carta seguramente hicieron si es que mantenían el espíritu instalado en la guerra. Torre concluye: “Aquello eran todavía palabras de valor circunstancial y modificable para quien tan diestramente supo manejarlas. *Lo de ahora es otra cosa. Lo de hoy es un hecho infinitamente más grave: un acto definitivo e irrevocable*” (*Ibid.* *Cursiva añadida*).

⁹ Cito por el apéndice que reproduce la carta en Abellán (2000, pp. 141-144).

¹⁰ Ortega no pisó Madrid hasta 1946 y aún tardó algunos años en pisar Berlín.

Lo de ahora: “marcharse *ahora* de América es una deserción y de las más gravemente penadas en el código moral” (*Ibid.*). Establecerse en Lisboa, capital de un Estado neutral tradicionalmente anglófilo; leer y escribir de filosofía; abstenerse de toda intervención pública con una excepción muy comentada,¹¹ ser objeto de todo tipo de ataques por parte de los poderes políticos, culturales y académicos del nuevo Estado nacional-católico, hasta el punto de ser erradicada cualquier huella o indicio de su magisterio, y de ser apartados de la universidad todos sus discípulos, con la excepción de Paulino Garrigori,¹² y mantenerse alejado de la España oficial hasta el fin de sus días, exactamente eso es lo que dio la profecía de Torre.

El mensaje que se intentó mandar estaba claro desde la primera línea: era la crónica de una deserción. Y la intención: dañar la imagen de Ortega, ya que no “servía” para la causa republicana. El intelectual, antaño tan elocuente y escuchado, abandona en un silencio vergonzante, sin rechazar la victoria de Franco, sin pronunciarse contra las fuerzas del Eje y a favor de los Aliados, América, para tomar partido al lado de “esa Europa incriminada” donde impera el fascismo.

La carta no parece haber sido una reacción espontánea de Torre a la noticia de la partida de Ortega, sino algo meditado y conversado como se deduce de la siguiente nota que Torre dirige a Reyes, acompañando la carta abierta: “Dos líneas para adjuntarle esta otra carta abierta más explícita”. Torre indica que “se publicará aquí” y, en efecto, aparece en primera instancia en *España Republicana* (Buenos Aires, 16 de mayo de 1942); y añade que, como no pagan lo suficiente para reservar el *copyright*, “puede usted disponer de este texto para hacerlo reproducir en México...” (García, 2005, pp. 195-196). En efecto, sería inmediatamente publicada con el título “Sobre una deserción”, en *Cuadernos Americanos*, según informa Reyes a su amigo en la contestación a la anterior: “Recibí su carta del 16 y la adjunta Abierta que desde luego doy a los mismos *Cuadernos Americanos*. Ya había sentido yo este dolor, pero era tarde para tachar la frase final

¹¹ Para la conferencia del Ateneo de Madrid en mayo de 1946 véase Giustini, 2007, pp. 43-92, y un amplio comentario en Lasaga (2012 y 2014).

¹² Fue profesor no numerario en la Facultad de Ciencias Políticas de Madrid y nunca juró los “Principios del Movimiento nacional” como tuvo que hacer todo profesor numerario.

del párrafo que usted cita¹³ [...] y que me fue dictada, aunque ya vivía yo lleno de sospechas, por mi afán de alargarle el crédito moral hasta el último instante a ese hombre que tanto hemos admirado. Su desertión es un golpe en el corazón para nosotros, tiene usted razón” (*Ibid.*)

Ésta fue la desatenta despedida que recibió Ortega de su querido Buenos Aires y que lo alcanzó en Europa. El tiempo, como sucede, ha puesto a cada uno en su lugar. Aquí se trata de confirmar con una punta de melancolía que la pasión política enfangó todo, también la sólida amistad que se fraguó por muchos años entre Reyes y Ortega.

A mi juicio, Reyes se precipitó al dar por buena la versión de Torre inducido por su aparente proximidad, al menos física, a Ortega. Compartía con el filósofo dos espacios del mundo cultural porteño: el diario *La Nación*, en el que Torre dirigía el suplemento literario desde 1928, y la revista *Sur*, de cuya redacción era miembro destacado. Pero Ortega no mantenía buenas relaciones con ninguna de las dos. Con *La Nación*, ya lo hemos visto. En cuanto a *Sur*, a pesar de la excelente amistad con Victoria Ocampo, su directora —que en ningún momento se vio empañada por los acontecimientos—, sus relaciones nunca fueron muy intensas: apenas colaboró con la revista. De hecho, sólo apareció un artículo: “Ictiosaurios y editores clandestinos”, cuyo tema, como se aprecia en el título, era bastante “de circunstancias”.¹⁴ Para terminar, incluso

¹³ Las palabras a las que se refiere Reyes son: “Después de su primer viaje a la Argentina, José Ortega y Gasset —que ya antes había declarado que América era el mayor honor y responsabilidad histórica de España— me confesó que le agradaría ser apodado *Ortega el Americano*, como se dijo en la Antigüedad: *Escipión el Africano*”. Se trataba de tacharlo de un prólogo que Reyes había escrito para una reedición de *Virgin Spain* de Waldo Frank publicada en 1941 (Cf. la nota a pie en García, 2005, p. 196).

¹⁴ Apareció en el número de noviembre de 1937. La presencia de Ortega en la revista durante su tercera estancia argentina es más bien escasa: una reseña del libro *Ideas y creencias* en la sección de “Notas” firmada por Rafael Virasoro (1940, pp. 85-92) y antes, una nota de salutación firmada por V.[ictoria] O.[campo] que comienza: “Ortega y Gasset ha vuelto a Buenos Aires. Lo que habría que preguntarse ahora es si ha estado jamás realmente ausente de aquí” (1939, p. 73). Comento de pasada que la reseña es francamente negativa, escrita por alguien que consiguió no enterarse de las novedosas

solicitó retirar su nombre del comité de colaboración. Este episodio es oscuro en el doble sentido de la expresión: cuando se relata no se citan fuentes y, de ser cierto, sería índice de un estado de confusión en Ortega sin precedente.

Según coinciden los dos autores que mejor relatan la tercera estancia argentina, la ya citada Marta Campomar y Tzvi Medin, la petición de Ortega de ser retirado de la lista de colaboradores ilustres estuvo motivada por una nota que *Sur* publicó sin firma en su sección “Calendario”. En ella se burlaban de los artículos que la revista argentina de inspiración católica y filo-franquista, *Sol y luna*, publicó. En un tono irónico y de descalificación se hablaba de “hispanidad retinta” y “se citaban párrafos que en verdad hablaban por sí mismos” del tipo: “Dios puso en manos del Generalísimo la espada de la guerra [...] Está teñida de sangre —porque la salvación de España debía llevarse a cabo sangrientamente— y está teñida de luz —porque su salvación debía realizarse luminosamente—”.¹⁵ Marta Campomar coincide en lo esencial con Medin: “El otro incidente importante que tuvo que ver con Ortega en el exilio y que aparece en *Orientación española*, fue aquel número de *Sol y Luna* donde colaboraba como fundador Máximo Etchecopar, amigo de Ortega, y que motivó su retirada de la lista de colaboradores de la revista *Sur* de Victoria Ocampo” (Campomar, 2009, p. 796). Medin recurre al testimonio directo de algunos de los testigos implicados en esta historia, pero no especifica fuente alguna que pruebe la razón por la que Ortega pide ser dado de baja en el comité de ilustres de *Sur*. Tampoco Campomar cita la fuente de cómo se produjo la petición ni remite a documento alguno. En cualquier caso, lo que no admite duda es que hasta el número 60 (agosto de 1939) Ortega aparece como colaborador en la solapa de portada de *Sur* y en el siguiente número desaparece junto con el resto de los colaboradores extranjeros. En el número 69 (junio de 1940) todos los extranjeros salvo Ortega reaparecen.

y complejas tesis que allí se presentaban. Cito como muestra, el final: “A quien hace fe de pragmático le invitaría yo a contemplar históricamente el magnífico espectáculo de una resuelta voluntad de verdad que nunca desfallece” (1940, p. 92).

¹⁵ Medin, 1994, pp. 129-130. La cita de *Sol y Luna* la toma de *Sur*, julio 1939.

Que Ortega se retirase de *Sur* me parece razonable y coherente con su famosa exigencia de silencio y distancia de toda manifestación política. De hecho, ni ante la Guerra Civil ni ante la Guerra Mundial *Sur* y su directora quisieron mantenerse en silencio como si fuera posible la literatura *pura*. Por ello reaccionaron inmediatamente con dos monográficos, el primero cuando la guerra en Europa estalla (octubre de 1939) y el segundo cuando la guerra llega a América, a raíz del bombardeo de Pearl Harbor y Estados Unidos entra en la contienda (“La guerra en América” número 87, diciembre de 1941). Es posible que Ortega hiciera alguna gestión para alejarse de *Sur*. Para entonces ya lo estaba de cualquier institución pública o privada que rozara con circunstancias políticas, pero que lo hiciera específicamente por defender a los nacional-católicos de *Sol y Luna* plantea algunas preguntas difíciles de responder. Por un lado, Ortega no podía ignorar que era en esos círculos donde tuvo fortuna la acusación de que los intelectuales —aquellos que contribuyeron a crear la Segunda República, fundando incluso una Agrupación al Servicio de la República (Ortega, Marañón y Pérez de Ayala)— eran los responsables del caos que vivió España en los treinta y que terminó en Guerra Civil. Dicho sin rodeos: los defensores del “Movimiento Nacional” culpaban a Ortega de la Guerra Civil. ¿Fue por defender estos círculos por lo que se malquistó Ortega con *Sur*? Cuesta creerlo. Es más factible, y la carta de Torre es elocuente en tal sentido, que a Ortega no se le perdonara su abstención de apoyar a la república y unirse al exilio del bando perdedor. Y que Ortega lo supiera; y que, como hizo cuando un periodista de derechas lo insultó en *La Nación*, se sintiera con razón rechazado en *Sur* y decidiera retirar su nombre, último vínculo.

Pero el silencio de Ortega tuvo dos caras y si aquí se atiende a la interpretación que de él hizo el exilio, no conviene olvidar que del otro lado llegaron no pocos ataques y sinsabores, comenzando por la desafección que mostró Espasa Calpe hacia sus propuestas, perjudicándolo económicamente hasta el punto de tener que abandonar América.

3. Una segunda carta abierta para Reyes

Es posible, y aquí especulamos, que el episodio de la carta abierta de Torre sobre la vuelta de Ortega a Europa guarde relación con otro

desencuentro, el ocurrido entre Ortega y Reyes a cuenta de unas declaraciones que el primero hizo sobre el segundo y que tuvieron como colofón otra carta abierta que José Gaos dirigió a Reyes.

Gaos se exilió en México en 1938 y fue uno más de los muchos intelectuales españoles acogidos a la generosidad del gobierno mexicano del presidente Lázaro Cárdenas. Fue precisamente Reyes el vínculo material y moral de dicho gobierno con el exilio en su condición de director de la institución creada para acogerlos, la Casa de España muy pronto transformada en el Colegio de México.

El sucedido que relaciona a Reyes y Gaos con Ortega y a su vez con lo ocurrido en Buenos Aires en 1942 gira en torno a unas declaraciones que Ortega dio a un diario mexicano cuando ya estaba instalado en España. A la pregunta sobre la existencia de amistades en México responde que “tenía, como Alfonso Reyes”:

—Pues ¿qué le ha hecho Alfonso Reyes, maestro?

—Nada concreto ni personal. Pero ha hecho tal porción de tonterías...

—¿Como cuales, maestro? [...]

—Gesticillos de aldea.¹⁶

¹⁶ Cito el texto mecanografiado que se conserva en el Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset, de la entrevista que Reyes envió a Ortega en carta fechada en México D.F., 17 de septiembre de 1947, sobre la que volveré más adelante. Transcribo en su totalidad la parte de la entrevista que afecta a Reyes. Juzgue el lector si es posible deducir (o inducir) interpretaciones como la que sigue: “Esta vez había equivocado el tiro al deplorar o reprobar implícitamente las razones humanitarias y hasta éticas que convirtieron a Reyes en refugio vital de tantos intelectuales y profesores en el Colegio de México. Las consecuencias fueron mucho más letales porque desactivaron las prevenciones para enjuiciar la supuesta neutralidad política de Ortega, esa falsa equidistancia basada en el silencio o la inactividad pública. Hasta entonces podía mantenerse la confianza en esa neutralidad porque no había indicios rotundos de lo contrario, a excepción (no muy explícita) del ‘Epílogo para ingleses’ de 1938 que pospuso a la traducción británica de *La rebelión de las masas*”. Jordi García (2013, p. 156), el más reciente biógrafo de Ortega, ofrece la última interpretación que coincide en lo esencial con la lectura que hiciera Gaos, como veremos, y que quedó canonizada. Sin embargo, la “porción de tonterías” y los “gestecillos de aldea” podían ser muy bien una sensible respuesta al ataque que Torre le dirigió sirviéndose de Reyes como caja de resonancia, a lo que éste se prestó de buen agrado.

El desencuentro ha sido relatado muchas veces y siempre bajo el mismo enfoque, a saber, que Reyes fue descalificado por Ortega en su condición de responsable de la ayuda a los exiliados republicanos, es decir, que la causa del desprecio fue que Reyes organizó la acogida y auxilio del exilio republicano del 39.¹⁷ Pero no por repetida dicha

¹⁷ En relación con esta interpretación no cuestionada, uno de los autores que mejor conoce las fuentes y las dos cartas, la abierta de Torre y la de Reyes a Ortega, por ser editor de varios epistolarios, Carlos García, aunque no las relaciona, comete un error que dudo intencionado. En una nota a pie sobre la aparición de *Cuadernos Americanos* escribe: “La revista comenzó a publicarse a principios de 1942; en el número de julio-agosto de 1942 aparecieron allí artículos críticos sobre Ortega, *después de que éste publicara algunas opiniones despectivas sobre Alfonso Reyes* [al respecto cf. Carlos García, 2000, 8. Se cita, pues, a sí mismo. He añadido la cursiva al texto] (García, 2005, p. 195)]. Pero el artículo al que remite es “Reyes y Ortega y Gasset: nuevas huellas de un malentendido” (García, 2000, pp. 72-74) donde recoge las cartas que Reyes dirigió a Ortega en privado después de que, en 1947, aparecieran en el diario mexicano las descalificaciones del español al mexicano. Sin embargo, en ellas no hay rastro que confirme la aseveración de que, en 1942 o antes de esta fecha, hubo algún ataque o descalificación de Ortega a Reyes.

Medin comete un error análogo al de García. En referencia a la carta abierta de Torre a Reyes, observa: “Esta carta se publicó en el mes de agosto de 1942 y tenía que ver también con declaraciones despectivas de Ortega, a su llegada a Europa, con respecto a Reyes (‘habla como un provinciano’). Dicho sea de paso, este incidente provocó también una carta de José Gaos a Ortega...” (Medin, 1994, p. 132). Aunque cabía la posibilidad de que Medin se refiriera a otras declaraciones, de las que él tendría noticia, la alusión final a Gaos delata que se trata de una confusión: las declaraciones a las que se refiere son las que conocemos y contamos: las publicadas en el diario mexicano en 1947. Ignoro la fuente del error en que incurre Medin, pero no deja de ser sintomático que el susodicho error funcione como una justificación del ataque de que es objeto Ortega. El caso es que Ortega no “ofende” a Reyes hasta 1947, cinco años después de “Sobre una deserción”. García y Medin coinciden en suponer sin pruebas que el primero en “ofender” fue Ortega. Si hubiera sido así, se justificaría la carta de Torre a Reyes y la reacción aquiescente de éste dándole publicidad. Pero si Ortega no faltó a Reyes antes de tener noticia de la carta abierta de Torre y de la publicidad que mereció, habría una razón de peso —si se quiere psicológica, aunque no moral— para explicar las palabras de menosprecio de Ortega a Reyes cinco años después.

interpretación se sostiene en hechos o declaraciones del propio Ortega, directas o indirectas.

Por otro lado, hay al menos dos consideraciones que la desacreditan y que ayudan a contextualizar el incidente. Una, que Ortega jamás apoyó al régimen de Franco. Tampoco condenó el régimen republicano, que contribuyó a instaurar, sino al Frente Popular que toma el poder democráticamente en febrero de 1936, pero que, según sus sospechas, obedecía a fines revolucionarios que no compartía ni se encontraban en la letra o espíritu de la constitución que dio la república y en cuya redacción Ortega colaboró, aunque fuera crítico con el texto final. Decidió, ya lo hemos visto, guardar silencio y distancia con respecto a todos y todo lo relacionado con la tragedia española, de la que probablemente se sentía en cierta medida, muy difícil de precisar, responsable.¹⁸ En cualquier caso, parece evidente que Ortega se negó a reconocer la Guerra Civil como fuente de legitimación, que es lo que hicieron, por supuesto, los vencedores, fundando el “nuevo orden” sobre “la victoria”; pero también los exiliados, o al menos un grupo de ellos que nunca aceptaron una parte en la responsabilidad del estallido y conducción del conflicto.

A este respecto es sintomático el rechazo que mostró Ortega a la iniciativa de crear un espacio político en torno a la metáfora de una “tercera España” que superara las dos Españas fratricidas. La interpretación que Ortega daba al conflicto civil rechazaba de plano que hubiera dos Españas. Hubo, por contra, dos minorías políticamente fanatizadas, cada una decidida a terminar con la otra, que

¹⁸ La debatida cuestión del “silencio de Ortega” al que he dedicado un amplio trabajo (Lasaga, 2012), se escapa a consideraciones racionales. Personas muy cercanas a él en esta fase de su vida, como sus hijos o algunos discípulos como Julián Marías o Rodríguez Huéscar, han reconocido el acaso excesivo ensimismamiento que practicó Ortega con respecto a cualquier asunto que tocara la Guerra Civil y sus consecuencias. Victoria Ocampo, según refiere Marta Campomar, “... dirá con los años que su silencio fue ‘pura discreción’ y que su hermético callar, que generó malentendidos, se debió a que era ‘exageradamente discreto’”. No obstante, *Sur* fue una de las publicaciones más agresivas hacia su postura personal, sin mencionar nunca su nombre, que ya habría desaparecido de la lista de colaboradores fundacionales” (Campomar, 2001, p. 281).

cogieron en medio como rehén al pueblo español.¹⁹ La posición que adoptó fue la propia de su vocación, la del pensador que da razón de las cosas y llega donde es posible vislumbrar el sentido de lo que acontece.²⁰ Parece razonable interpretar *Del Imperio Romano* como la reflexión acerca del fracaso histórico de las reformas liberales en la España del 31 y en general en la Europa que contempló impotente la destrucción de las democracias parlamentarias. El intelectual había dejado de ser la “*prima donna*” desplazado por el líder conductor de las masas. Pero el intelectual auténtico era el que nunca se había apartado de su designio de verdad y silencio, el artesano que acepta trabajar en la oscuridad de su gabinete lejos del murmullo

¹⁹ En su carta a Luzuriaga (2 de agosto de 1937) responde a éste negando la hipótesis de que tuviera sentido plantear la idea de una “tercera España” a modo de superación de las dos que se enfrentaban en la guerra, fruto, a juicio de Ortega, de “dos minorías extremas que luchan entre sí” aunque “el gran torso de la nación (...) por una determinada circunstancia se encuentra más cerca de Franco que de Valencia”. Esa circunstancia era argumentada así: “una parte de la clase obrera, alcoholizada por los eternos demagogos, ha querido hacer una revolución total. Frente a esa revolución, como tal revolución, está el gran torso de España. Y, claro está, al haberse alzado contra esa revolución ciertas minorías de espíritu reaccionario extremista han tenido que seguirlos para combatir a la revolución sin poder pretender, ni de lejos, porque la ocasión no lo tolera, manifestar sus distingos y reservas”. Citado por Giustiniani, 2009, p. 9. En la entrevista al diario mexicano *El Universal* (15 de septiembre de 1947) que contiene la descalificación a Reyes, comenta Ortega, a preguntas del periodista Armando Chávez sobre su experiencia en la Guerra Civil: “Estaba yo en Madrid, enfermo de gravedad (...) Unos amigos lograron sacarme por Alicante hacia Francia. [...] si no los rojos me matan... o me matan los blancos. Aún no sé quiénes me hubieran matado, pero de lo que estoy seguro es de que si me quedo, me matan” (De la copia mecanografiada de la entrevista que Reyes adjuntó a la primera carta que le envió (17 de septiembre de 1947) (Archivo Fundación Ortega-Marañón C 41/12, p. 6).

²⁰ El ánimo con que llegaba a Buenos Aires queda reflejado en unas palabras que escribe a Victoria Ocampo desde su retiro en un pueblecito portugués, Portimao, el 25 de marzo de 1939, poco antes de embarcar: “Porque reconocerás que con lo que pasa en el mundo ahora, quiero decir, hace tres años, se pueden hacer muchas cosas —indignarse, gemir, protestar— pero hay una cosa que, a la postre, será menester hacer: digerirlo, aclararlo, encontrar el vocablo del enigma [...]” (Ocampo, 1965, p. 14).

de lo social. La muerte de Unamuno le inspiró una primera reflexión sobre el intelectual en la sociedad de masas que se oponía a la del intelectual *comprometido* que tiene que *salvar* su circunstancia, que profundizó después en “El intelectual y el otro”, como veremos más adelante.

Reyes reaccionó enviándole una carta muy atenta y cordial con un propósito claro: que Ortega rectificara públicamente el menosprecio que le hacían sus palabras:

Por más que usted se esfuerce, no podrá usted borrarle de su conciencia. Una sola palabra de Usted, de rectificación o esclarecimiento, aparte de hacerme a mí un bien inmenso, le devolverá a usted la alegría de ver que mi recuerdo, cuando se le aparezca y le visite, le sonríe como en los tiempos mejores. ¿Será posible que un hombre de su talla desoiga esta reclamación?²¹

Ortega desoyó el ruego, incluso reiteradamente, porque al no obtener respuesta, Reyes hizo un segundo intento de inducir unas palabras a Ortega de disculpa. Lo cuenta Carlos García en “Reyes y Ortega: nuevas huellas de un largo malentendido” con una carta que el mexicano dirige a Juan Guerrero Ruiz, escritor amigo residente en Madrid, al que pide hacer llegar a Ortega una segunda misiva: “Usted conoció —dice Reyes— hace años mi amargura. Yo no me resigno. ¿Quiere usted, y puede usted, hacer llegar la adjunta carta a José Ortega y Gasset, sin darse por enterado del incidente anterior?” (García, 2006, p. 126). En el pliego que adjunta para Ortega matiza el mensaje de la primera: que el filósofo pronuncie “una sola palabra”, “comprensiva y afectuosa, aún sin necesidad de rectificación alguna” (García, 2006, p. 127). Ortega siguió sin responder, aunque es posible que este segundo envío no llegara a su destino porque no hay rastros de la segunda carta en el archivo de su fundación.

Pero Reyes, que se quejó a Ortega de ser atacado a raíz de sus declaraciones, recibió el apoyo incondicional de los españoles emi-

²¹ La carta fechada en México D.F., 17 de septiembre de 1947, se conserva en el archivo de la Fundación Ortega (Carpeta 41/12) junto con la copia de la entrevista que Reyes remitió mecanografiada. Puede verse en García, 2006. La cita, en 125.

grados, que tanto le debían. Debió parecerle de especial relevancia el de José Gaos en forma de carta abierta publicada en la prensa mexicana (*El Nacional*, México D.F., 21 de septiembre de 1947). “Se trata de usted y de Ortega,²² y de los intelectuales españoles y aún de los españoles en general...”. Gaos quiere dar a su nota el máximo radio de gravedad: la ofensa a Reyes es la ofensa a México y no duda en criticar a su antiguo maestro negándole el último crédito de valor moral que aún le reconocía: “No sé qué autoridad tendrá Ortega en la España franquista... Mas sea de esto lo que quiera, es un hecho muy triste, pero muy hecho que en la España antifranquista (...) ha perdido Ortega su autoridad intelectual y sobre todo moral casi íntegramente”. Y el casi lo justificaba por los que, como él, aún guardaban un resto de respeto al maestro. Pero “qué hondo y sincero pesar encontrarnos empujados hacia la pérdida de un respecto que creíamos necesario” (Gaos, 1999, p. 144).²³

La siempre compleja relación entre Gaos y su maestro no terminó aquí. Tras su muerte en octubre de 1955, Gaos requerido desde múltiples instituciones escribió y disertó sobre su maestro con palabras llenas de reconocimiento y también de crítica. Y aun dedicó una serie de estudios a las obras póstumas que comenzaron a publicarse poco después.²⁴

²² “Un Maestro que me ha concedido su amistad íntima, el espectáculo de grandeza que ello representa en una de las dimensiones humanas esenciales, la intelectual, ha sido uno de los órganos regulativos de mi vida; permítame usted que le llame así: porque en España lo fue don José Ortega y Gasset, en América ha venido siéndolo usted.” Así termina la carta sin fecha en la que Gaos anunciaba a Reyes la dedicatoria de la *Antología del pensamiento de lengua española de la edad contemporánea*. Según anota el compilador de la correspondencia, Enríquez Perea, el libro se abría con las siguientes palabras: “A Alfonso Reyes, representante por excelencia de la nueva unidad histórica de España la América Española y en ella de una de las figuras esenciales: la del humanista” (Gaos/Reyes, 1999, 139 y 140). La dedicatoria pública y la confesión privada dan idea del vínculo que en su *trastierro* sentía Gaos hacia Reyes y el sufrimiento que debió experimentar por la actitud de Ortega.

²³ Un comentario muy ajustado sobre la carta de Gaos en la excelente biografía de José Gaos en Valero, 2012, p. 115.

²⁴ Una recopilación de las dos series de textos mencionados en Gaos, 2013.

La muerte de Ortega también dio pie para que una potencial reconciliación virtual ocurriera. Reyes, espíritu lleno de generosidad²⁵ y afecto genuino hacia Ortega, escribió:

Hubo siempre entre los dos horas de perfecta cordialidad, de cabal comprensión, de intimidad afectuosa que dudo se haya consentido con quienes más de cerca parecían acompañarlo; y siempre también hubo entre los dos algo como aquella amistad estelar de que habla Nietzsche y que conjuga los movimientos de los dos astros por mucho que los veamos alejarse (1956, p. 66).

Alejamiento bien doloroso para Reyes: “Él quiso extrañármese un día”. El carácter del madrileño podría explicar el sucedido: “Era hombre de ánimo solemne que luchó siempre contra las travesuras de la ironía y del humorismo, sus dos verdaderos adversarios; de una sensibilidad tan aguda que solía herirse con su propio aguijón o, mejor, que acabó atravesándose con su espada” (Reyes, 1956, 66). Me parece acertado el diagnóstico. Pero tengamos presente que muy pocos hicieron un esfuerzo por comprender en qué situación la guerra dejó a Ortega. El carácter es uno de los ingredientes estructurales que determinan y por tanto explican una vida, pero no el único. Es fácil advertir que la circunstancia, donde habita el otro, resulta igualmente decisiva.

4. El intelectual en el contexto de la Razón Histórica

Podemos leer la carta abierta que Torre dirigió a Reyes como el origen de dos reacciones encadenadas: la declaración de Ortega ninguneando a Reyes y la defensa de éste que asume Gaos al escribir contra Ortega otra carta pública. Y las tres en su conjunto, como la escenificación de lo que quedó de unas relaciones personales que fueron muy cercanas e intensas y después fracturadas sin remedio. Culpar a una de las partes (por ejemplo a Ortega) de falta de sensibilidad hacia sus antiguos amigos a causa de diferencias políticas

²⁵ Octavio Paz acertó cuando le escribe a Reyes: “Aparte de lo que le debemos todos como aprendices de literatos y poetas, su mejor lección ha sido su incapacidad para el rencor y la envidia” (Paz, 1998, p. 97).

es además de injusto moralmente, banal intelectualmente. Aun si no se está de acuerdo con Ortega y se concluye que su críptico silencio fue un error que ni si quiera fue administrado por él mismo (significante sobrecargado de ambigüedad y polisemias), Ortega elaboró una doctrina sobre la responsabilidad del intelectual que corría pareja con la crítica a la rebelión *política* de las masas. Ambas estaban relacionadas. El fenómeno de desmoralización, que Ortega interpretaba como la clave de la crisis de civilización que asoló Europa en la década de los treinta (aunque venía de más atrás)²⁶ tuvo su origen en la incapacidad de sus minorías intelectuales de hallar respuestas a la aceleración de la historia que los mismos éxitos de la razón indujeron en sus sociedades.

Pensando en hombres como Miguel de Unamuno, Bernard Shaw, Henri Bergson, Paul Valery, Thomas Mann, Benedetto Croce, intelectuales respetados en sus respectivas comunidades, Ortega predice su retirada, cuando no su persecución. Y les adjudica un nuevo papel, más austero, menos visible a la luz cotidiana, pero fundamental para una cultura como era la europea, cuya textura profunda estaba hecha de ideas. Otro siglo y otro continente no habrían tenido la necesidad de que el intelectual siguiera ejerciendo su oficio, pensar, pero en ese momento tuvo que hacerlo de otra manera y abandonar el escenario social. En la sentida necrológica que dedicó a la muerte de Unamuno en *La Nación*, Ortega declaró que “los intelectuales no estamos en el planeta para hacer juegos malabares con las ideas (...) sino para encontrar ideas con las cuales puedan los demás hombres vivir. No somos juglares: somos artesanos, como el carpintero o el albañil” (v, p. 411). Durante los siguientes años a esa declaración²⁷ insistiría en esa visión de “intelectual” sin público ni

²⁶ Aunque el tema escapa a este escrito, Ortega identificó el origen del clima que domina la Europa de los treinta en los cambios que tienen lugar en torno a 1917 y, en última instancia, con la crisis espiritual de fin de siglo. La Gran Guerra habría sido consecuencia y no causa de una gran crisis histórica que culmina con la emergencia de los totalitarismos y la segunda Guerra Mundial; aunque sí, claro está, fue un inmenso acelerador. Véase las dos conferencias “¿Qué pasa en el mundo? Algunas observaciones sobre nuestro tiempo” (1933) (p. IX, 9ss) y el capítulo “Cambio y crisis” de *En torno a Galileo* (1933).

²⁷ Véase especialmente *Sobre la razón histórica* (Lisboa, 1944), *Apuntes sobre el pensamiento* (1941) y *La idea de principio en Leibniz* (1946). La metáfora

tribuna, más cercano al “profeta que predica en el desierto” porque no entiende ya al otro al que, a principios del siglo xx, le concedió el beneplácito de la duda en cuanto a su buena voluntad y disposición pedagógica, de la que Ortega descrea. Dos supuestos conducen la reflexión: que ya no es posible pedagogía alguna²⁸ y que el intelectual tiene que pensar en silencio,²⁹ rechazando todo compromiso *político* con la circunstancia. Así surge el texto “El intelectual y el otro”, resultado de un estado de ánimo y de una conclusión desencantada del mundo que habitaba el intelectual que no estaba dispuesto a decir lo que le exigía el bando de turno. Por eso, cabe relacionar el artículo con la carta abierta de Torre a Reyes, prueba e ilustración de que el seudointelectual existía, atareado en especular sobre los motivos que guían las decisiones de intelectual auténtico, al que en el fondo envidia su independencia.

Gaos vio lo que tenía el artículo de ajuste de cuentas, pero quizá no advirtió que también había cuestiones de alta filosofía. El lugar de la inteligencia en la vida humana se “dramatizaba”, como

del “profeta que predica en el desierto” que Ortega hace suya en estos y otros textos de los cuarenta, está ya en el Unamuno de *Del sentimiento trágico de la vida* (1913).

²⁸ “Ha habido una época, la que empieza en 1600, durante la cual, en efecto, el hombre no se sentía encajado en sí mismo, en sus casillas, en su quicio, más que cuando pensaba conforme a la razón, es decir, que no creía auténticamente más que cuando creía tener razón. Es el hombre moderno el que, como he dicho, empieza por ser el hombre galileano y cartesiano. El racionalismo, el tener, quisiera o no, que pensar así, fue su destino. ¿Será definitivo este tipo de hombre, esta forma de la vida que vive *de la razón*? Describiendo ciertos fenómenos de la humanidad actual en mi libro *La rebelión de las masas*, he hecho notar que comienzan a surgir en el horizonte europeo grupos de hombres los cuales, aunque nos parezca paradójico, no quieren tener razón” (vi, p. 439).

²⁹ “Ahora el intelectual, como tantas veces va a desaparecer o poco menos, a sumergirse (...) en lo profundo. Lo profundo por excelencia es el silencio.” Se trata, aunque no lo parezca de un viejo tema al que Ortega dio expresión por primera vez en 1917: “Pero estoy seguro de que en tiempo de guerra, cuando la pasión anega a las muchedumbres, es un crimen de lesa pensamiento que el pensador hable. Porque de hablar tiene que mentir. Y el hombre que aparece ante los demás dedicado al ejercicio intelectual no tiene derecho a mentir” (“El genio de la guerra y la guerra alemana” II, p. 324).

todo lo demás, por cierto, en medio de una crisis histórica sin precedentes. Por eso el tema del artículo no era el “intelectual” en el sentido convencional, es decir la carcasa social del intelectual, escritor, profesor, periodista, filósofo, sino el intelectual como vocación, por tanto forma esencial de instalarse en la existencia: “No confundamos las cosas. Aquí se habla del Intelectual que es intelectual con desesperada autenticidad”³⁰ (v, p. 624). Aunque en realidad se trata del conflicto que sobreviene cuando el intelectual pierde la protección que ciertas vigencias sociales le procuraban y se encuentra de pronto a la intemperie, al alcance de la mirada, de la indiscreción y de la condena “política” del “otro”. Y entonces comienzan las confusiones y los despropósitos.

Pero, ¿quién es el otro?

Quien vive “instalado en un mundo de cosas que son de una vez para siempre lo que parecen ser” (v, 628), es decir, el hombre corriente que no se hace problema del mundo: “su vida va a consistir en un atenerse a lo que hay ahí, en moverse dentro de ese mundo incuestionado, sólido, compacto y definitivo [...], manipular las cosas, usarlas, aprovecharlas en su ventaja lo mejor que pueda. Es un egoísta nato. Lo que le importa es salir adelante, hacer su negocio, pasarlo bien él y los suyos. Si es honrado, con decoro. Si no, con trampa” (*Ibid.*). Más adelante veremos que el conflicto no es con el otro. En realidad, no existe un conflicto con el otro, sino que el intelectual, como don Quijote, vive entre dos mundos, yendo y viniendo entre la realidad mostrenca de lo social y los “mundos interiores”³¹ de ideales y definiciones, por tanto de irrealidades. Y, como

³⁰ Quizá porque tomaba el término en su sentido más exigente, y por tanto excluyente, se permite escribir un año antes que a pesar de los muchos viajes a Argentina, “No he tenido ocasión de conocer, aparte contadísimas excepciones, a los intelectuales de Buenos Aires” (“Balada de los barrios distantes”, 1939, IX, p. 228).

³¹ No es posible entrar en detalles sobre esta importante categoría de la razón histórica. Citaré unas líneas del capítulo que dedica a precisar que es un “mundo interior” en el ensayo “Ideas y creencias”: “Lo que solemos llamar realidad o ‘mundo exterior’ no es ya la realidad primaria y desnuda de toda interpretación humana, sino que *es lo que creemos*, con firme y consolidada creencia, ser la realidad. Todo lo que en ese mundo real encontramos de dudoso o insuficiente nos obliga a hacernos ideas sobre ello. Esas ideas forman los ‘mundos interiores’, en los cuales vivimos a sabiendas de que son

don Quijote, puede en algún momento confundir los órdenes. Y terminar en la melancolía.

El texto es muy complejo y tiene varios planos. En la superficie se encuentra ese Ortega que se siente tan apaleado como el Caballero de la Triste Figura y por eso se identifica como *intelectual*. Aun a sabiendas de que “iba muy pronto a ser centrifugado de la consideración pública” e iba a pasar a “ser nada”, no dudó Ortega en dedicar su vida a semejante tarea. Nos dio la clave de tal absurdo al principio del artículo: porque hay hombres para los que vivir implica cumplir su vocación. Dedicar tu tiempo y tu energía a inventarle un ser a las cosas, a la teoría, que desde Grecia es contemplación inútil, pero que es capaz de entrever lo que oculta el futuro del hombre, es convertirse en una especie de idiota:³² “no he contado nunca con que, en serio, se me hiciera caso y no estaba ni estoy dispuesto a aceptar la ficción de que soy atendido” (v, p. 625), dice Ortega a los argentinos, evocando unas palabras que dedicara a los españoles en circunstancia más dramática. Y algo de eso hay en la descripción que hace Ortega de la jornada de un intelectual:

presencia una vez y otra el nacimiento de las cosas y estrena la gracia de que sean lo que son. Va de sorpresa en sorpresa. Su cotidianidad está hecha de exclusivas sorpresas. Lleva la pupila dilatada de asombro. Camina alucinado. Es borracho de nacimiento. Tiene el aire demencial que toma un arcángel cuando se avecinda en un barrio terrestre (v, p. 627).

Hace muchos años, en *Meditaciones del Quijote* (1914), ya había hecho Ortega una alusión a la imagen del arcángel para reivindicar

invención nuestra como vivimos el plano de un territorio mientras viajamos por éste. Pero no se crea que el mundo real nos fuerza sólo a reaccionar con ideas científicas y filosóficas. El mundo del conocimiento es sólo uno de los muchos mundos interiores. Junto a él está el mundo de la religión y el mundo poético y el mundo de la *sagesse* o ‘experiencia de la vida’” (v, pp. 681 y 682).

³² Idiota afín al príncipe Mischkin, el protagonista de la novela de Dostoievski de idéntico título. Ortega predicó en el desierto poblado de los periódicos españoles avisando, una y otra vez, que la república caminaba hacia el desastre de una guerra civil sin que casi nadie percibiera en sus avisos más que frases de un intelectual resentido porque no se le prestaba atención.

el oficio de cultura: “La obra de arte no tiene menos que las restantes formas del espíritu esta misión esclarecedora, si se quiere *luciferina*” (I, p. 789). Y, ¿cómo entender esta descripción? Claro está, en oblicuo, irónicamente, por lo que tienen de exageración y caricatura, pero lo señalado con el dedo torcido del sarcasmo es que Ortega y con él, todo intelectual genuino, vive fuera de la realidad-convencción, expuesto a cometer muchos *errores*, entre ellos el de creer que cuando habla con el otro, éste le entiende. Pero resulta que “se trata de dos maneras radicalmente opuestas de tomar la vida...”. Y cuando el intelectual descubre esta absoluta alteridad, es como caer en la cuenta de que “ha mostrado a los demás su última intimidad: lo que piensa del mundo [...] de lo que está pasando...”. La actividad del intelectual debe quedar oculta, “como la del ladrón, el espía o la prostituta” (*Ibid.*). Por eso no se extraña de que el intelectual haya terminado por merecer de la sociedad una consideración semejante a la de los *oficios* mencionados y sea tratado como un paria y un malhechor (v, 629). Ortega vislumbra —o acaso sabe— que los intelectuales van a ser sistemáticamente perseguidos y silenciados —excepto los que pidan voluntariamente el ingreso en el orwelliano Ministerio de la Verdad—, por los movimientos totalitarios, lo que provocará el surgimiento de una nueva figura de intelectual, el disidente.

Hasta cierto punto, todo esto, el malentendido crónico entre el intelectual y el otro, es coherente, trágicamente coherente. El oficio del intelectual es destruir la apariencia de las cosas, negar las certezas, socavar los mitos, es decir, romper todas aquellas convenciones que permiten vivir al otro sin excesivos conflictos. En suma, el intelectual es el aguafiestas, el que pone fin al idilio que el otro está siempre esperando vivir. El intelectual “sabe que las cosas no son plenamente si el hombre no *descubre* su maravilloso ser que lleva tapado por un velo y una tiniebla. De ahí que, para el intelectual, vivir significa andar frenéticamente afanado en que cada cosa llegue de verdad a ser lo que es, exaltarla hasta la plenitud de sí misma” (v, pp. 628-629). Ortega entiende aquí al intelectual como el hombre creador de cultura, el innovador de ideas y técnicas, el que inventa religiones, valores morales, perspectivas artísticas, el ser de las cosas, los teoremas matemáticos o, en fin, el arco o la aspirina. El mundo no es algo que haya hecho un dios de una vez por todas sino un proceso de edificación y destrucción, fiado a lo que construye el hombre sobre el suelo de una

naturaleza opaca que apenas se deja conocer, aunque sí manipular. La realidad es nuestra vida, pero ésta reposa sobre un plano de puro enigma del que nunca hallaremos solución.

La visión del intelectual en contraposición al otro no se deja entender en sus potentes y paradójicas imágenes si no se refiere a la metafísica de la vida humana que Ortega elaboró desde los años treinta.

Como último acto del medio siglo de la Cultural, Ortega dictó una conferencia titulada “Juan Luis Vives y su mundo”. Anunció al principio que no iba a hacer una biografía al uso, impresionista, sino a exponer una doctrina filosófica “con todas las de la ley”. Dicha doctrina no era sino su metafísica de la vida humana, la realidad radical que contienen todo cuanto hay, pero en el bien entendido de que la realidad no se deja aprehender como “ser” sino como un “acontecer” que tiene estructura de drama.

Si los asistentes a la conferencia hubieran considerado lo que oían, hubieran sentido algo parecido al asombro al ver cómo ante sus narices el mundo se desvanecía; los objetos perdían su rotundidad de “cosa”, indecisos, ocultos bajo una capa de interpretaciones. También desaparecía “el hombre”, disuelto en su vida, entendida como el drama que acontece entre un yo y un mundo extraño, ajeno, hostil. También desaparecen, formando parte del mundo, su cuerpo y su alma porque “el alma —les explica Ortega— es sólo un aparato inmaterial, psíquico, con el cual vivimos, como vivimos con nuestro cuerpo y con las cosas que nos rodean...” (IX, p. 445). Pero nada de eso es el protagonista del drama que nos constituye, sino un personaje que llega desde el futuro y se hace presente como una voz interior: “El yo de cada cual es ese ente extraño que, en nuestra íntima y secreta conciencia, sabe cada uno de nosotros que tiene que ser” (*Ibid.*). El oyente atento concluye entonces que su yo es algo irreal que está llegando a ser, como un personaje de una obra de teatro que tuviera la impresión de que tiene que interpretar sin texto previo, sin autor, improvisando... Y de pronto cae en la cuenta de que Ortega le acaba de ofrecer una descripción exacta de aquello en que consiste su propia vida, su existir.³³ Lo que acaso le resulte más misterioso,

³³ Para la metáfora de la vida como una obra de teatro a cuyo escenario somos arrojados en mitad de la acción, ¿Qué es filosofía? (1929): “No nos hemos dado a nosotros la vida, sino que nos la encontramos justamente al encontrarnos con nosotros. Un símil esclarecedor fuera el de alguien que

porque lo del teatro ya se le había ocurrido... es eso de la vocación. Una llamada, una reclamación... "hacia nuestro más auténtico destino". Porque "el yo auténtico de cada hombre es su vocación".

Pareja a la desrealización del hombre en su yo-vocación, Ortega describió el mundo social como algo carente de solidez. Su trama más conspicua son "los usos vigentes", es decir, "creencias, ideas, preferencias y normas" (V, p. 446). De este conjunto, lo decisivo son las creencias que, cuando son plenas, determinan lo que los hombres consideran posible e imposible, es decir, que son las creencias las que deciden la estructura y orden más o menos permanente que llamamos realidad. El porteño que lo escuchaba podía haber comprado hacía poco el libro que Ortega acababa de publicar y que se titulaba precisamente *Ideas y creencias* (1940). No es posible detenerse en su contenido, pero observo sin profundizar que en su capítulo inicial, que da título al libro, se consuma la historización de lo real en la dirección que inició poco antes en *Historia como sistema* (1935). La vieja convención de que las cosas tienen un ser, sea eterno (Naturaleza) o creado (Dios), se esfuma en una afirmación radical de que la razón humana no es capaz más que de crear algunas ficciones duraderas que sostienen por un tiempo, a veces largo, las épocas o edades de la historia, la existencia humana. El hombre tiene que reaccionar constantemente a los problemas que su vida le ofrece y lo hace con su imaginación, con su inteligencia, forzado por la necesidad, pero con una libertad profunda que se asienta sobre la estructura metafísica de la vida como soledad. Pero el suelo que lo sostiene no es la "tierra", una interpretación, sino el puro enigma de no saber. Por eso la vida es naufragio. El hombre como

sustancial peregrino de ser, sin poder quedar nunca fijo y para siempre en un modo de ser quieto y definitivo, sustituyéndose siempre a sí mismo, inventando un mundo dónde alojarse y destruyéndolo después para crear otro, perpetuo emigrante de mundo en mundo, de ilusión en ilusión (IX, p. 454).

En este momento el conferenciante fue interrumpido por los aplausos del respetable. ¿Qué aplaudían? ¿La fuerza poética de las imágenes

dormido es llevado a los bastidores de un teatro y allí, de un empujón que lo despierta, es lanzado a las baterías, delante del público" (VIII, p. 42).

o el significado subyacente a las mismas? ¿Que el mundo, nuestra vida, no es más que un peregrinar de ilusión en ilusión camino de la nada? ¿Qué ilusión es la que estaba a punto de suceder? Así como Dios fue el centro del orden *crédulo* del mundo hasta la época de Juan Luis Vives, Ortega sugiere a sus oyentes que el orden de creencias de la modernidad está agotado: “muchos hombres de hoy siguen creyendo en la ‘cultura’, pero como algo que está tras ellos y no delante” (IX, p. 466).

Pero la vida se ejecuta hacia adelante. Por eso, el intelectual, como la prostituta o el espía, son necesarios, aunque resulten incómodos y detestables: porque interpreta el futuro y en ocasiones acierta.

En un último giro del artículo, Ortega reconoció que a pesar de su mal humor, el intelectual no tenía problemas con el otro. Forma parte del juego que el otro vaya a lo suyo, en su mundo de urgencias y utilidades, que sea egoísta y que, en fin, no se entere de nada. “¡Qué diablo, viva el Otro! —exclama Ortega—. Lo que no puede soportar el intelectual son las falsificaciones de que hoy está atestado el planeta. Porque hay el pseudo Intelectual, que no es sino el Otro, con el antifaz de escritor, de hombre de ciencia, de profesor, de filósofo” (v, p. 629). Ortega termina con una crítica al intelectualismo, idealismo degradado, que se operó en la cultura del siglo XIX. Los intelectuales europeos terminaron por darle la espalda a la realidad y jugar con ideas. Y acostumbraron al Otro, el hombre a quien las ideas le traen al fresco, a tener que tratar con ellas. Y el resultado fue que cuando las ideas se pusieron en marcha, se convirtieron en dogmas y la modernidad terminó en una crisis profunda que ha recibido muchos nombres pero que, en lo esencial, consiste en que el mundo que había comenzado con Descartes y Galileo, Montaigne y Cervantes, llegó a su fin y al fin del intelectual auténtico.

Ortega advirtió ya en 1932 que la crisis de la modernidad se caracterizaba por ser crisis de *todo clasicismo*,³⁴ es decir, por no retener creencia alguna del pasado. La cultura se convertía en una pura especulación de “ocurrencias” donde el intelectual-demagogo, al que Ortega denunciaba desde finales de los veinte, hacía su agosto. A ello

³⁴ “Pero la crisis europea, que es la crisis del mundo, puede diagnosticarse como una crisis de todo clasicismo” (v, p. 121).

no podía oponer sino ensimismamiento y silencio.³⁵ No sólo por razones tácticas, porque no quisiera confundir o ser confundido, sino por otras más profundas. Soledad y silencio aparecen en el horizonte de toda crisis histórica como las condiciones necesarias —aunque no suficientes— para que, en medio de un mundo sin vigencias ni certidumbres, la vocación le diga lo suyo a cada cual. Ortega halló una vez más la metáfora adecuada para transmitir con elegancia este mensaje íntimo. La tomó de Cicerón: “A veces, en medio de las batallas se han oído voces de Fauno”. ☒

Bibliografía

- Abellán José L., *Ortega y Gasset y los orígenes de la transición democrática*, Madrid: Espasa, 2000, pp. 141-144.
- Campomar, Marta, *Ortega y Gasset en La Nación*, Buenos Aires: El elefante blanco, 2003,
- , “Ortega y el proyecto editorial de Espasa Calpe”, *Revista de Occidente*, Madrid, 1999, pp. 99-116.
- , *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución cultural española*, Madrid: Biblioteca Nueva / Fundación José Ortega y Gasset, 2009.
- , “Victoria Ocampo en la cultura del amor de Ortega y Gasset”, *Revista de Estudios Orteguianos* (3), Madrid, 2001, pp. 209-290.
- Gaos, José, *Obras Completas, XIX. Epistolario y papeles privados*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1999.
- , *Los pasos perdidos*, José Lasaga (editor), Madrid: Biblioteca Nueva / Fundación José Ortega y Gasset, 2013.
- , *Itinerarios filosóficos. Correspondencia José Gaos / Alfonso Reyes*, Alberto Enríquez Perea (comp.), México: El Colegio de México, 1999.
- García, Carlos, *Las letras y la amistad. Correspondencia (1920-1958) Alfonso Reyes / Guillermo de Torre*, Valencia: Pretextos, 2005.

³⁵ No es casualidad que la primera conferencia que Ortega dicta en Buenos Aires tras su llegada en octubre de 1939 se titule “Ensimismamiento y alteración”, anunciada como “primera lección del curso ‘Seis lecciones sobre *El hombre y la gente*’ en la Asociación de Amigos del Arte.

- , “Reyes y Ortega y Gasset: nuevas huellas de un largo malentendido”, *Revista de la UNAM* 600-601, Universidad de México, 2005, pp. 72-74.
- , “Reyes y Ortega: un largo malentendido. Apéndice al epistolario Alfonso Reyes / Juan Guerrero Ruiz (1949-1950)”, *Revista de Occidente* 300, Madrid, 2006, pp. 121-128.
- Gracia, Jordi, “Un maestro tambaleante: Ortega al fondo”. *Diez ensayos sobre Realidad. Revista de ideas, Buenos Aires, 1947-1949*, Carolina Castillo y Milena Rodríguez (editoras), Granada: Fundación Francisco Ayala, 2013, pp. 147-166.
- Giustiniani, Eve, “Itinerario biográfico: 1946. Las conferencias de Lisboa y Madrid sobre *Idea del teatro*”. *Revista de Estudios Orteguianos* (14/15), Madrid, 2007, pp. 43-92.
- , 2009, “El exilio de 1936 y la *tercera España*. Ortega y Gasset y los blancos de París, entre franquismo y liberalismo”, *Circunstancia* VII (19), mayo, <<http://www.ortegaygasset.edu/publicaciones/circunstancia>>.
- López Vega, Antonio (editor), *Epistolario inédito Marañón-Ortega-Unamuno*, Madrid: Espasa, 2008.
- Lasaga, José, “Sobre el silencio de Ortega: el silencio del hombre y el silencio del intelectual”, *Cuadernos hispanoamericanos*, Madrid (745-746), 2012, pp. 33-56.
- , “Ortega y Gasset y la Guerra Civil española”, *Cuadernos hispanoamericanos* (774), Madrid, , 2014, pp. 6-31.
- Medin, Tzvi, *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*, México: FCE, 1994.
- Ocampo, Victoria, “José Ortega y Gasset”, *Sur*, Buenos Aires, 1939, p. 73.
- , “Algunas cartas de Ortega y Gasset”, *Sur* (296), Buenos Aires, 1965, pp. 1-18.
- Ortega y Gasset, José, *Obras completas*, Madrid: Taurus / Fundación José Ortega y Gasset, 2004-2010. Todas las citas, salvo indicación en contrario, se localizan al final de las mismas; el número romano corresponde al volumen y el árabe, a la página.
- Ortega Spottorno, José, *Los Ortega*, Madrid: Taurus, 2004.
- Paz, Octavio, *Correspondencia Alfonso Reyes-Octavio Paz (1939-1959)*, Anthony Stanton (editor), México: Fundación Octavio Paz / FCE, 1998.

- Reyes, “Treno para José Ortega y Gasset” *Cuadernos Americanos* (enero-febrero, 1), México, 1956, pp. 65-67.
- Torchia, Juan C., *Correspondencia José Gaos-Francisco Romero*, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de la Plata, 1992, pp.183-188, <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.1348/pr.1348.pdf>.
- Valero Pie, Aurelia, *José Gaos en México: Una biografía intelectual, 1938-1969*, tesis defendida en el Centro de Estudios Históricos, México D.F.: El Colegio de México, 2012. [De próxima publicación.]
- Virasoro, Rafael, “Notas. Los libros: José Ortega y Gasset: *Ideas y creencias* (Espasa-Calpe Argentina)” *Sur*, Buenos Aires, núm. 74, noviembre, 1940, pp. 85-92.